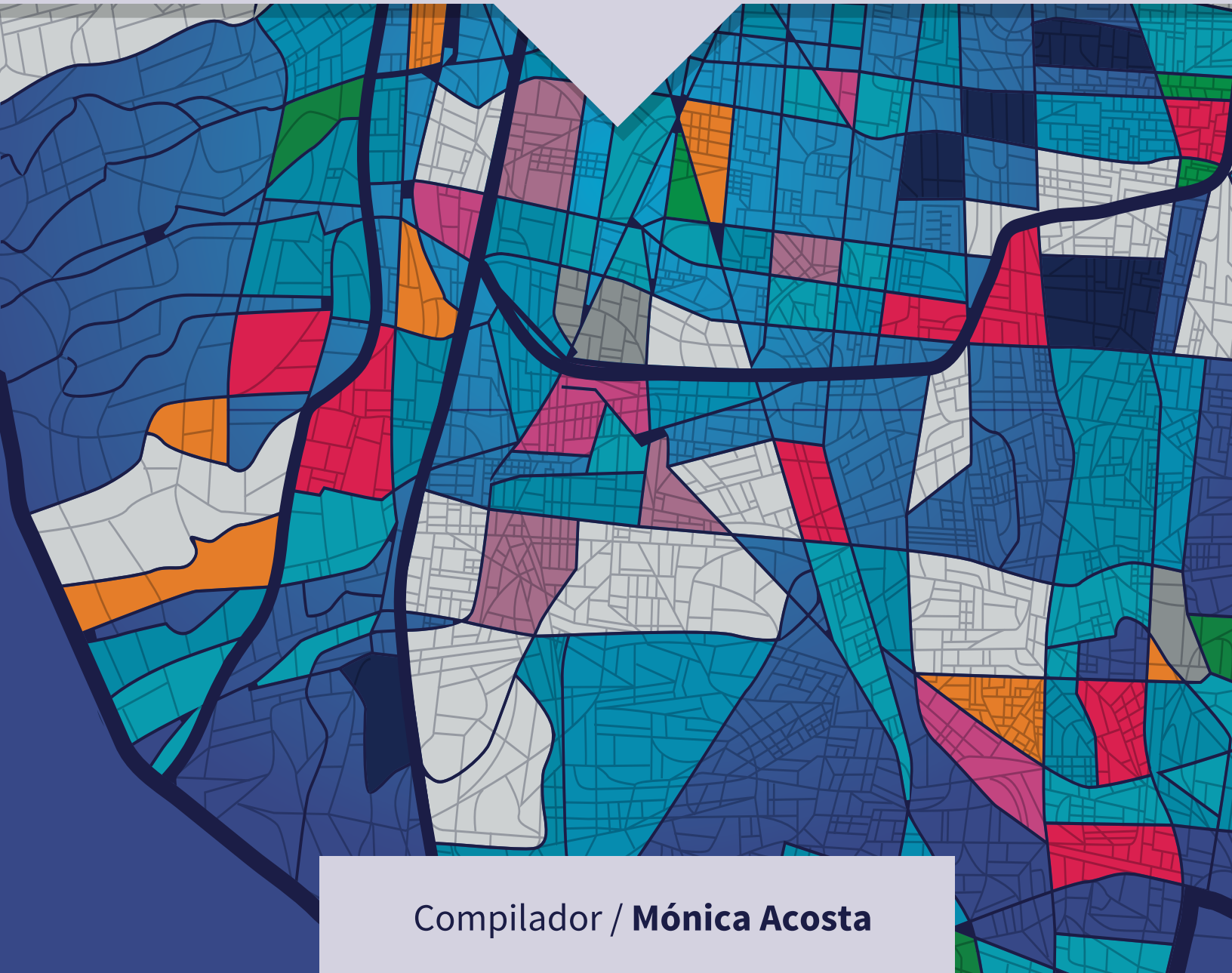




EL GERMEN DE ACCION NACIONAL 1915 UNA GENERACION DE ACCION



Compilador / **Mónica Acosta**

Compilador / **Mónica Acosta**

EL GERMEN DE ACCION NACIONAL
1915 UNA GENERACION DE ACCION

Compilador / **Mónica Acosta**

EL GERMEN DE ACCION NACIONAL 1915 UNA GENERACION DE ACCION

Derechos reservados, 2021

Partido Acción Nacional
Av. Coyoacán 1546,
Colonia del Valle 03100.
CDMX.

La reproducción total o parcial no autorizado
vulnera derechos reservados.
Cualquier uso de la presente obra debe ser
previamente concertado.

INDICE

Introducción	7
CATOLICISMO SOCIAL	11
El Rerum Novarum y el catolicismo social	12
El catolicismo social en México	15
APUNTES SOBRE LOS INTELLECTUALES DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA	22
¿Qué es un intelectual?	23
José Vasconcelos y otros intelectuales	29
LOS IDEALES POLÍTICOS DE LA GENERACIÓN DE 1915	39
La generación de los ideales: 1915	40
Manuel Gómez Morín, un hombre de su época	45
Conclusiones	48
Referencias	49

INTRODUCCIÓN

Es posible remontar los orígenes de Acción Nacional, al menos ideológicamente hablando, a dos momentos de reconfiguración política y social en México, durante el siglo XX: El catolicismo social y la intelectualidad en torno a la Revolución Mexicana. Es común vincular el pensamiento católico, y las acciones fundadas en éste, a la figura de Efraín González Luna. Sin embargo, este personaje no fue el único que abrevó de esta forma de entender y practicar el catolicismo. Menos conocida es la influencia del “catolicismo social” en otra de las figuras clave para la creación de Acción Nacional, como Manuel Gómez Morín. Así este texto busca mostrar que Gómez Morín tomó de dicho movimiento los principios básicos del humanismo político panista. Sin embargo, también, nos embarcamos en el mundo de las ideas laicas de la Revolución Mexicana, el espacio intelectual urbano donde este joven chihuahuense desarrolló su pensamiento filosófico, político y social, en conjunto con otros jóvenes ilustres, también, que se harían llamar “Los 7 sabios” o que dentro de la historiografía se les conoce como “La generación de 1915”.

No se puede entender la fundación de Acción Nacional sin poner en su justo contexto a Don Manuel Gómez Morín, que no solamente fue un joven intelectual mientras vivía sus años de juventud en la preparatoria, quien observó las limitaciones que la educación vivió en este periodo de agitación, sino, también, fue un hombre que observó estos avatares revolucionarios con la lupa del humanismo político, implicado en los postulados del catolicismo social. No existiría la fundación de un partido alternativo, de no haber conocido las necesidades del pueblo mexicano, la Revolución fue una forma de abordar los problemas del país, después el gobierno posrevolucionario continuaría con la formación institucional de esos principios resolutivos; pero, es importante, comprender que esos principios no arropaban a toda la población mexicana en su conjunto. Es en ese sentido, que para este joven intelectual, se hizo necesario un principio que realmente fuese la base sustantiva de cualquier mexicano, un ambiente donde ningún mexicano quedara excluido por pensar diferente; de ahí surge el principio básico de la doctrina panista: El Bien Común, que, como veremos en este texto será una configuración filosófica y política alternativa a una política segregacionista que Gómez Morín conoció de cerca, durante el periodo revolucionario.

Para conseguir lo anteriormente mencionado esta sección se dividirá en tres apartados. El primero sentará las ideas principales del catolicismo social de finales del siglo XIX y principios del XX; la llegada a México de estas ideas, así como su recepción general entre la sociedad católica del porfiriato y su vinculación con las ideas del humanismo político. En la segunda parte, se desarrolla el concepto de intelectualidad, de la época. Es común escuchar o leer sobre los intelectuales de la Revolución Mexicana, pues bien, en este apartado se analiza el término, para poder comprender el círculo educativo y social en el que Gómez Morín comenzó a gestar sus ideas políticas y que, después, resultarían en la formación del primer partido de oposición. En un tercer apartado, se narra un poco sobre ese mundo intelectual de la llamada “Generación de 1915” y sus particularidades, para culminar con un análisis breve de fragmentos de la obra 1915, de Don Manuel Gómez Morín. En este texto se ven cristalizadas ese crisol de ideas políticas, filosóficas y sociales que se fueron madurando en la trayectoria que se aborda en los apartados anteriores.



01

CATOLICISMO
SOCIAL

El Rerum Novarum y el catolicismo social

Para entender que es el catolicismo social es importante entender el impacto que tuvo la famosa encíclica Rerum Novarum emitida por el papa León XIII a finales del siglo XIX (León XIII, 1891) en donde se desarrolla el pensamiento social de la iglesia católica. Este documento es importante porque fijo la postura de la iglesia católica, como institución, respecto a las relaciones obrero-patronales y marcó las pautas de actuar de los fieles católicos alrededor del mundo.

A grandes rasgos, el texto papal se divide en 42 puntos agrupados en tres secciones temáticas: la primera reconoce al así llamado “problema social” y señala que el socialismo no es la solución a dicho problema. La segunda la necesidad de que tanto Iglesia como Estado intervengan en la solución del problema y las atribuciones que a cada uno le corresponde en esta tarea. Y la tercera, el papel que los trabajadores en general y las organizaciones privadas tenían en la solución de este.



1[Papa León XVIII]. (Italia, 1887).

En la primera parte se hace un reconocimiento a lo que se denominó la “cuestión social”, es decir, a la precaria situación laboral que vivían los obreros en los países industrializados o en vías de industrialización. Este reconocimiento es importante, porque a lo largo del siglo XIX la iglesia católica no había fijado una postura oficial ante el tema, debido, en gran medida, a que se encontraba ella misma en un

proceso de reestructuración de sus funciones en la vida pública y privada, como consecuencia de la Ilustración y las revoluciones burguesas del siglo XVIII.

De manera general, en la primera parte se establecen los derechos y deberes de obreros y patrones sobre la base de legitimar la existencia de la propiedad privada en ambos grupos, por ser lo que más se adecua al derecho natural y divino. De esta manera invalida al socialismo como una solución viable del problema. De igual manera resalta la supremacía de la vida privada sobre la vida pública al establecer la organización familiar como el núcleo de las organizaciones sociales.

En la segunda parte se establece el papel guía de la Iglesia y el Estado para ayudar a los obreros. Dicha ayuda debe de tener sus bases en los ideales de la caridad cristiana y en la libertad. Así toda acción se debe justificar en los valores católicos. En cuanto al papel del Estado se le ve en un sentido paternalista con respecto al obrero ya que se considera con menos recursos para defender sus derechos y por lo tanto el sector que necesita una clara ayuda, a diferencia de los llamados patrones, que al poseer más recursos tienen más formas de defender sus derechos.

En cuanto a la tercera parte, se establece que la naturaleza de la relación obrero-patrón es de carácter privado, y por lo tanto no sujeta a la regulación del Estado. Es en esta sección en dónde se plantea la principal vía para mejorar las condiciones de vida de los obreros: la organización privada. Si bien se propone que los mismos obreros se organicen en sociedades privadas, incluso mixtas (patrón-obrero), estas se entienden como una “actualización” de los gremios de artesanos, basados en el fomento en los trabajadores de un espíritu religioso. Así, la cuestión obrera se resolverá con obreros cristianos y bajo la dirección de jefes prudentes.

Lo tocante a las organizaciones privadas como solución a los problemas de los obreros; provocó que un nuevo grupo de católicos surgieran en varios puntos del globo denominados como democracia cristiana (Ceballos, 1991). Este sector comenzó a buscar la actuación en la esfera democrática de diversos países mediante la formación de partidos políticos que brindaran una opción política concreta y desde la cual buscar los cambios necesarios y resolver los problemas sociales y laborales de finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX.

En las décadas anteriores a la publicación del *Rerum Novarum*, en Europa diversos grupos de católicos buscaban alternativas para actuar frente al socialismo y a los cambios políticos de esos años. (Cebal-

los, 1991) Las posturas eran diversas y a veces hasta contradictorias, podían ir desde los que pensaban que la solución era unirse al pensamiento liberal de la época para desde ahí infundir los ideales católicos, hasta los que consideraban un acto de traición a la fe cualquier postura que rozara o se acercara al socialismo. No hay que perder de vista que todas estas posturas eran de grupos de fieles, dirigidos o encaminados por algún intelectual u obispo católico.

En este sentido la filosofía tomista con algunas propuestas corporativistas comenzó a surgir como una opción viable de mano de los jesuitas, quienes intentaban oponer esta filosofía a la hegeliana (Ceballos, 1991) que sustentaba racionalmente el proceso de secularización. Buscando así una solución viable a la situación obrera mundial y un freno al avance del socialismo.

Cabe destacar que esta encíclica causó diversas reacciones en un inició. Hubo quienes la tacharon de socialista puesto que reconocía de manera oficial la existencia de un problema social entre las relaciones de patrones y obreros. Se llegaron a los extremos de declarar que “la encíclica sobre la condición de los obreros era una propaganda socialista” (Ceballos, 1991).

La principal crítica en torno a el texto de León XIII fue justamente en lo tocante a la organización privada que para muchos sonaba a socialismo. De hecho, hubo una corriente que se denominó sindicalismo católico y las críticas a esta forma de interpretación de la *Rerum Novarum* iban desde asegurar que fomentaba el conflicto laboral, pasando por decir que se oponía al derecho natural, que los obreros no tenían ningún derecho sobre la riqueza de sus patrones y que el único deber de este es pagar el precio justo acordado en el contrato laboral.

Pese a estas críticas, también tuvo sus defensores que impidieron que el sindicalismo católico sufriera de una censura por parte de las autoridades eclesiásticas. Principalmente los jesuitas franceses y los cardenales Pietro Maffi de Italia y Joseph Desiré Mercier, primado de Bélgica (Ceballos, 1991). Sumado a esto el estado de los conflictos internacionales que desembocaron en la Primera Guerra Mundial, desviaron momentáneamente la atención de los católicos en torno a estos debates.

Por supuesto, estos debates no fueron exclusivos de Europa. Pronto llegaron al continente americano y más concretamente a México en dónde fueron recibidos por una sociedad católica en crisis debido a las reformas liberales de mediados de siglo.

El catolicismo social en México

El reacomodo de la iglesia católica y sus miembros para encontrar su espacio y funciones en la organización de México después de las reformas ocurridas durante la segunda mitad del siglo XIX que establecieron un Estado laico. Si bien hubo similitudes con lo ocurrido en Europa, como la división entre varios grupos católicos, también hubo ciertas particularidades propias del contexto particular mexicano.

Si bien es cierto que este reacomodo se comenzó a gestar desde el Imperio de Maximiliano de Habsburgo, extender este relato a tiempos tan remotos distraería del propósito principal que es entender como el catolicismo social influyó en el pensamiento de Gómez Morín. Por lo tanto, sirva de contexto y antecedente inmediato ubicarse temporalmente en el Porfiriato.

Animados por las políticas conciliadoras de Porfirio Díaz, particularmente durante su cuarto y quinto periodos presidenciales (1892-1900), varios grupos de católicos de corte liberal buscaron acercarse al régimen, siempre con el visto bueno de las autoridades romanas y de la jerarquía católica mexicana (Ceballos, 1991). A finales del siglo, aproximadamente entre los años de 1899-1902, hacen su aparición en el escenario mexicano los católicos sociales, influidos fuertemente por la *Rerum Novarum*.

Varios fueron los factores que permitieron que este grupo cobrara cada vez más fuerza. Entre ellos podemos mencionar la inquietud de varios sectores de la población por el futuro político del país debido a que se comenzaba a percibir los costes sociales de la administración porfirista. Esto será particularmente importante en la zona del bajío, ya que los hacendados de esta zona se percataron rápidamente de los peligros de desatender la creciente inconformidad de los trabajadores. Muestra de estos dos puntos anteriores es que al momento de la publicación de la encíclica solo en la capital del país se le dio una amplia difusión, en la prensa del interior del país no se le mencionó tanto debido a que la consideraban una solución a un mal que no existía en el país (Ceballos, 1991). También fue un factor importante la presencia de algunos católicos europeos entre los mexicanos, ya sea física o ideológicamente.

Las opiniones entorno a la polémica encíclica de León XIII no se hicieron esperar en México, por poner un ejemplo en el periódico en el periódico El Tiempo podemos encontrar la siguiente nota fechada el 27 de mayo de 1891:

El socialismo es un torrente: tres soluciones se presentan. Estorbarle el paso es exponerse a ser arrasado con él. Ponerse tranquilamente a la orilla, es papel de los beatos del sueño. Canalizarlo: he ahí la verdadera solución, lo que responde a la esencia misma de la Iglesia (Ceballos, 1991, p.36).

Este ejemplo muestra el tono de la prensa mexicana, cuando llego a mencionar el texto papal. La mayoría de los comentarios vertidos sobre el tema iban sobre la “forma” y no por el “fondo”. Se preocupaban más afirmar o desmentir si el texto tenía tintes socialistas que la razón por las cuales se le adjudicaba esa filiación: las condiciones de vida de los obreros.

Para la sociedad católica fue más fácil ignorar en un inicio este tema por varias razones. En primer lugar, el texto incitaba a una participación más activa dentro de la política y esto chocaba con la pastoral colectiva del 19 de marzo de 1875 en donde se prohibía que los católicos participaran en la política. En La Voz de México el 20 de octubre de 1891 se leía lo siguiente:

nuestra tesis es la de siempre: que nadie sino los obispos mexicanos pueden lanzar a los católicos, como partido verdaderamente tal, a la política activa; y que mientras no se derogue claramente el contenido de la pastoral colectiva dicha, a ella debemos sujetarnos (Ceballos, 1991, p.60).

En segundo lugar, el comenzar a buscar una participación más activa dentro de la política mexicana podría resultar perjudicial al afectar las políticas conciliadoras porfiristas.

Llegados a este punto cabe hacer una importante aclaración. La recepción, difusión y aplicación de algunas de las ideas de la Rerum Novarum se llevaron a cabo principalmente por iniciativas de algunos militantes católicos y de manera aislada en un inicio. La alta jerarquía católica mexicana prefirió guardar silencio sobre un texto que en ese momento la colocaba en una posición de menos incomoda.

Teniendo lo anterior siempre en mente, una de las primeras cristalizaciones de las ideas de organización entre los católicos fue lo que se conoció en los primeros años del siglo XX como los congresos

católicos. Estas organizaciones se formaron con la idea de organizar actividades para recuperar espacios que se habían perdido a lo largo del siglo XIX, haciendo uso de una participación más activa por parte de los feligreses. (Díaz, 2003, p.116)

El primer Congreso Católico nacional ocurre en la ciudad de Puebla en 1903. Las discusiones giraron en torno a dos temas principales: la importancia de las asociaciones católicas, entendidas estas como organizaciones privadas, y la organización obrera. Todo dentro de un marco de valores e ideales católicos. Hubo otros tres Congresos, en 1904, 1906 y 1909 respectivamente, pero, al igual que el primero, buscaban dar solución a diferentes problemas surgidos de la llamada “cuestión social” o “problema social”.



Jalisco y la Acción Social. Tercer Congreso Nacional, 1906.

El “problema social” estaba en sintonía con lo que el papa León XIII llamaba la cuestión social. Este concepto englobaba algunos de las siguientes cuestiones particulares en México: campo, sindicalismo, mujeres, trabajadores y obreros. De igual forma se buscaba dar soluciones a estos problemas.

Una diferencia considerable con la forma en que se manejaba este tema en Europa es que en México esta cuestión social la encarnaba sí la relación patrón-obrero, pero en el campo. El problema del campo fue de suma importancia ya que las zonas rurales seguían siendo una mayoría frente a las urbanas y en el campo se forjarán muchos de los elementos que terminaron por definir la idea de lo que es México.

Principalmente los campesinos del Bajío y Occidente fueron el objetivo de las medidas adoptadas por

¹ Imagen “Jalisco y la Acción Social”, tomada de la plataforma digital Frente Nacional Familia. <https://www.fnfjalisco.org/post/jalisco-y-la-acci%C3%B3n-social>

estas organizaciones católicas debido a la existencia de la organización en haciendas y ranchos y la fuerte tradición católica de los hacendados de la zona. Así este grupo de católicos buscaba una manera de mejorar, tanto la imagen que se tiene de los campesinos y sus condiciones de vida ya que estaban conscientes del potencial de la zona para un levantamiento armado. El objetivo final era evitar, a toda costa, la confrontación armada.

Geográficamente, las ideas del catolicismo social tuvieron una aceptación en lo que se ha denominado el eje geopolítico católico, que básicamente comprende el Centro y Occidente del país: de Puebla a Zacatecas, pasando por México, Tulancingo, Querétaro, León, Morelia, Zamora, Colima, Guadalajara y Aguascalientes (Ruano, 2011, p.14).



Es importante dejar claro un punto que hasta este momento solo se ha tratado indirectamente en este texto. Frente a la encrucijada en la que se encontró la iglesia católica de elegir entre el socialismo y el capitalismo, elige apegarse a la segunda opción. Esto queda demostrado en primer lugar por el tácito rechazo que hace el sumo pontífice del socialismo no solo en la Rerum Novarum sino en otras encíclicas, y no solo León XIII, su antecesor y su sucesor, Pío IX y X respectivamente, fueron incluso más enfáticos en este tema. En segundo lugar, dentro de la ya citada encíclica se hace defensa de la propiedad privada como parte de los derechos naturales del hombre, llegando a decir que incluso entre los obreros existe la propiedad privada, siendo ésta, en un primer momento, su trabajo que se convierte en un salario y que éste se utiliza para adquirir bienes, es decir, propiedad privada.

Es en este contexto que se inserta Manuel Gómez Morín, concretamente su infancia. Él nace en Batop-

ilas, Chihuahua en 1897. Durante sus primeros años creció en un contexto alejado al descrito en páginas anteriores. Pese a la inesperada viudez de su madre permanecieron algunos años en Batopilas, hasta que en 1901 su madre decide vender el pequeño negocio que administraba y llevarse a su hijo a otro lugar en búsqueda de una mejor fortuna. Es así como empieza un pequeño peregrinar para el pequeño Manuel, cuya primera parada fue la ciudad de Parral comenzó a asistir a una escuela protestante, aproximadamente a la edad de 5 o 6 años. (Gómez Mont, 2003, p.13).



Imagen de la Señora Concepción Morín y Manuel Gómez Morín, durante su infancia

Posteriormente se mudaron a la ciudad de Chihuahua y finalmente fijan una residencia más estable en la ciudad de León, Guanajuato. Es en esta ciudad en donde en el año de 1905 ingresa a la Escuela del Sagrado Corazón para terminar su educación primaria. Posteriormente en 1910 realiza sus estudios de secundaria en la Escuela de María Inmaculada, tenía 13 años (Gómez Mont, 2003, p.14). A finales de 1913 se vuelven a mudar, esta vez llegan a la Ciudad de México en donde ingresa a la Escuela Nacional Preparatoria.

Si bien la etapa preparatoriana de Gómez Morín es más conocida, así como la influencia que esta institución tuvo en su desarrollo personal. Menos conocida es la educación que recibió en su estadía en León, particularmente la educación secundaria. Dos influencias relacionadas con el catolicismo social estuvieron presentes en este periodo de su vida. La primera fue el mismo colegio que fue fundado en 1909 por el obispo Emeterio Valverde y Téllez, filósofo e historiador de la iglesia, que, si bien no estudió directamente al catolicismo social, si perteneció a esa nueva generación de clérigos que compartían las inquietudes expresadas en el texto de León XIII.

¹ Imagen obtenida en el Acervo fotográfico del Centro Cultural Manuel Gómez Morín, noviembre 2020.



Imágenes del Obispo Emeterio Valverde Téllez

La otra influencia también está relacionada con el colegio de su educación secundaria. En esta escuela recibió la influencia del pensamiento jesuita de la época y del pensamiento del padre Desiré-Joseph Mercier, fundador de la Universidad de Lovaina en Bélgica (Gómez Mont, 2003, p.14) y abierto defensor y promotor del catolicismo social belga y de la filosofía neotomista. De este personaje, podemos asegurar que abrevó para comenzar a configurar los principios filosóficos básicos, que darían forma a la propuesta que, hasta nuestros días, abandera Acción Nacional: El Bien Común.



Imagen del Padre Desiré-Joseph Mercier

No es la intención de este texto decir que durante su educación secundaria Gómez Morín recibió las ideas concretas que posteriormente se transformaron en el humanismo político panista. Probablemente haya recibido de manera muy general los fundamentos del catolicismo social y estos conocimientos hayan sido un punto en común cuando años más tarde conoció a Efraín Gómez Luna, quien sí tuvo una influencia más directa de estas ideas al haber crecido en la zona geopolítica mencionada anteriormente. Así es inevitable encontrar vínculos ideológicos entre las ideas de que el individuo no se desarrolla de manera aislada y conserva vínculos con la sociedad, el respeto a la libertad, el poco intervencionismo del Estado, la organización familiar como punto de partida de la organización social y la solidaridad con lo que postulaba el socialismo católico e incluso con la misma encíclica de León XIII.

I 02

APUNTES SOBRE LOS INTELLECTUALES DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Todo espíritu verdaderamente superior,
debe hallarse descontento del presente;
sólo los imbéciles viven sin desilusiones y sin esperanzas;
el hombre que desea con vehemencia el perfeccionamiento,
no puede satisfacerse con las actuales condiciones de vida;
supone, imagina, crea un mundo interno mejor, y espera firmemente [...]

Antonio Caso.

¿Qué es un intelectual?

Será útil abordar la definición del concepto de intelectual antes de analizar el papel de estos como agentes de cambio en el contexto de la Revolución Mexicana. Dicho lo anterior, no es posible pretender que existe una definición precisa de este término, lo que responde al carácter histórico del lenguaje y sus limitaciones como forma de expresión de la humanidad para su realidad, de ahí la existencia de una multiplicidad de acepciones para la palabra intelectual (Rodríguez-Ledesma, 1994, p.67). Por lo tanto, el significado que se le asigna a la palabra intelectual responde “a las especificidades contextuales que marcan la reflexión teórica y, en específico, de acuerdo con los intereses particulares del investigador por resaltar algún aspecto de ese gran conglomerado fenomenológico que se pretende abarcan con este concepto.” (Rodríguez-Ledesma, 1994, pp.67-68)

Para el presente documento se retoma la propuesta del investigador Rosendo Bolívar Meza, quien señala que en “la historia moderna ninguna de las grandes revoluciones ha carecido de [intelectuales]” (2002, p. 125); entendiendo que un intelectual es aquella persona dotada de un alto nivel de conocimientos, y que “se ocupa vocacionalmente de las cosas de la mente.” (Bolívar-Meza, 2002, p.126) Pero, dicha definición incluye a demasiadas personas, por lo que Bolívar-Meza refiere que lo que separa al intelectual del hombre culto “es el nivel de creatividad que posee el primero.” (2002, p. 126) En este sentido, es posible identificar que el intelectual es aquel sujeto que no realiza trabajo físico, sino que reflexiona sobre las cosas; no maneja objetos sino símbolos y su instrumento de trabajo son las ideas, es decir, son creadores, portadores y transmisores de las ideas. Por lo tanto, son a quienes se

les encomienda el desarrollo y transmisión de conocimientos, teorías, doctrinas, ideologías, concepciones del mundo, o simples opiniones que dan vida a los sistemas de ideas de una época o de una sociedad específica (Bolívar-Meza, 2002, p.129). Así, los intelectuales son la expresión de la sociedad y tiempo en que viven, y también debe entender y explicar las ideas de su tiempo.

Asimismo, no se debe confundir al intelectual con el profesional, pues un intelectual puede desarrollarse en la profesión de su elección, pero, no es el conocimiento técnico lo que le hace intelectual, sino “su constante devoción a pensar, crear e imaginar nuevas ideas” (Bolívar-Meza, 2002, p.124). Por ejemplo, el historiador Friederich Katz, propone que cuando se hable de intelectuales en el México revolucionario y post revolucionario se debe pensar en ideólogos, no en alguien que ha estudiado o no, o si tiene una carrera o no (Camacho-Sandoval, 1991).

Por lo tanto, el intelectual esta inmerso en el poder ideológico, el cual tiene una gran importancia social, se ocupa de la organización, el consenso y del disenso.

Así, el intelectual se convierte en el que generaliza el saber, para un público más amplio que el de su círculo profesional, [y su] rol no se opone a una actividad práctica ni a una actividad política; por el contrario, su situación social como individuo sin ataduras sociales lo coloca en una situación ventajosa para la lucha política. (Marsal, como se citó en Bolívar-Meza, 2002, p.136).

Para comprender mejor la concepción que se ha presentado sobre el intelectual, a continuación, se expone la interpretación que hizo el investigador John Skirius -especialista en la vida y obra de José Vasconcelos- de los intelectuales:

éstos no se definen por su profesión, o por su grado de educación o ideología, sino más bien por su esencial curiosidad y preocupación por la condición humana y por su sentimiento de urgencia para comunicar sus ideas públicamente. Tienden a ser críticos y a dar su opinión sobre los hechos, las injusticias, y sus causas preferidas.

Los intelectuales tienden a ser más innovadores que los otros, tienden a estar en la vanguardia de los movimientos, ya sea políticos, culturales o de otro tipo. La mayoría de ellos libran sus batallas con la palabra escrita u oral, algunos de ellos prefieren imágenes visuales; en todo caso, el acceso a los medios masivos de comunicación resulta clave para ellos.

[Además,] es posible que una misma persona sea más intelectual en una época de su vida que en otra,

precisamente debido a un cambio en su visión sobre su propio papel en la sociedad. (1982, pp.3-4) Ya que se ha dado respuesta a la interrogante con la que se abrió este apartado, en las páginas siguientes, se encontrarán algunos pasajes de la historia de la Revolución Mexicana que reflejan el papel que los intelectuales jugaron en el desarrollo de la Revolución mexicana 1910-1920. Para luego abordar el papel de uno de los principales intelectuales en la época: José Vasconcelos, en el proceso de reconstrucción de México.

Los intelectuales en la Revolución

Los estudiosos de la historia han identificado que la mayoría de los intelectuales revolucionarios se encontraban fuera del ‘Establishment científico’ del Porfiriato, es decir, del grupo de los Científicos -grupo selecto de intelectuales, profesionales y hombres de negocios-, el cual compartía la filosofía de los positivistas y el darwinismo social expresados en las obras de Auguste Comte y Herbert Spencer (Cockcroft, 1981, p.56). Y fueron los Científicos quienes lograron influir en las instituciones educativas y en la política nacional.

Los antecedentes del grupo de los Científicos los encontramos en 1892, cuando Justo Sierra se unió a Rosendo Pineda, Miguel S. Macedo, Joaquín D. Casasús, Manuel Romero Rubio y José Yves Limantour, entre otros, para fundar la Unión Liberal, más tarde Partido Científico, el cual tomó como bandera el lema positivista: Orden y progreso (Cockcroft, 1981, p.56). Los Científicos desarrollaron un monopolio en la política, la economía -en este sentido, es importante señalar que su aparición como fuerza intelectual dominante, coincidió con el desarrollo industrial del país, lo que favoreció que por medios honrados o corruptos se volvieran ostensiblemente ricos-, así como del poder administrativo, lo que causó resentimientos entre aquellos intelectuales que estaban fuera del orden establecido, y que eran identificados como los “independientes” (Cockcroft, 1981, pp. 56-57).



Imagen de Porfirio Díaz rodeado de algunos de los más prominentes integrantes del grupo de Los Científicos.

¹ Acervo fotográfico Instituto Nacional de Antropología e Historia

El historiador Cockroft, ha señalado que los independientes encontraron dificultades para para avanzar dentro del sistema, pues les fue difícil alcanzar promociones o adquirir empleos en los lugares deseados con la paga satisfactoria, por lo que tenían que trabajar muchas horas y con frecuencia en más de un empleo para poder mantenerse, lo anterior pese a la amplia oferta de puestos disponibles en la baja burocracia, los cuales eran una puerta para el ascenso hasta los altos niveles del sistema porfirista (1981, p. 57). Asimismo, algunos de los independientes se concentraron a expresar sus ideas -principalmente por la escritura- acerca del urgente y necesario cambio en el sistema que los oprimía, lo que los impulsó a buscar nuevas tribunas (Cockroft, 1981, p.57).

En este contexto el 28 de octubre de 1909 se fundó “El Ateneo de la Juventud”, el cual convocó a figuras como Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Isidro Fabela, Julio Torri, Diego Rivera, Manuel M. Ponce, Martín Luis Guzmán, Julián Carrillo, Nemesio García Naranjo, y muchos otros más -que en ese momento tenían un promedio de 25 años-. Se conformaron como un grupo culturalista que tenía como propósito debatir temas literarios y filosóficos, más no políticos, sesionaban regularmente en la Ciudad de México.



Imagen de Integrantes de El Ateneo de la Juventud

Algunos historiadores han posicionado a los integrantes de El Ateneo de la Juventud como parte del grupo de los independientes, mientras que otros han propuesto que El Ateneo tuvo importantes vínculos con el régimen porfirista. Por ejemplo, Pedro Henríquez Ureña era hijo de un ministro; Antonio Caso era uno de los discípulos predilectos de Justo Sierra y participaba en el Club Reelectionista además de ser director de su periódico; lo que nos permite entender porque en un primer momento José

¹ Imagen recuperada del Círculo de Estudios de Filosofía Mexicana.

Vasconcelos no tuvo una participación protagónica en el Ateneo, pues se había unido al maderismo y se encontraba en la oposición al ser parte del Club Anti-reeleccionista y director de su periódico (Cockroft, 1981, p.57 y Vargas-Lozano, 2010, p. 31). Y un hecho que apoya el vínculo entre El Ateneo y el grupo de poder porfirista es que, sintomáticamente tras la caída de Porfirio Díaz, es decir, cuando las relaciones de poder comienzan a modificarse, Vasconcelos fue nombrado presidente de El Ateneo, en noviembre de 1911 (Vargas-Lozano, 2010, p.37).

La postura de Vasconcelos fue compartida por muchos intelectuales, pues como él se sumaron al proyecto maderista, mientras que otros coincidieron con el Partido Liberal Mexicano (PLM), y otros más apostaron por permanecer neutrales. Conforme se fue dando la diversificación de facciones políticas en la Revolución mexicana los intelectuales se fueron sumando a ellas, los jefes revolucionarios necesitaron de sus servicios para diferentes efectos.

Por ejemplo, en el área administrativa Manuel de Palafox -ingeniero, con experiencia en la administración de haciendas- se encargó de lo referente a la reforma agraria en la zona zapatista, y cabe señalar que durante el desarrollo de la reforma bajo una incursión controlada se contó con el apoyo de estudiantes de agronomía de la Escuela Nacional de Agricultura y



Imagen de Luis Cabrera

Veterinaria para efectuar la reforma agraria en Morelos y el área circunvecina (Cockroft, 1981, p.58 y Camacho-Sandoval, 1991). Otro ejemplo es el de Luis Cabrera, quién había construido una carrera como periodista, y se convirtió en el administrador de las finanzas con Venustiano Carranza (Camacho-Sandoval, 1991).

Asimismo, a los llamados intelectuales se les asignó la labor de hacer propaganda, en especial fuera del país, y principalmente en Estados Unidos, esto con el fin de ganar simpatías en la opinión norteamericana y posteriormente apoyos financieros para su causa. Por ejemplo, Carranza envió a Luis Cabrera -abogado y escritor- a Estados Unidos, y este compaginó actividades con Heriberto Barrón -abogado y periodista- que se encargaba de editar algunos de los periódicos carrancistas, y así la difusión de ideas del carrancismo se dio tanto en el territorio nacional como en el exterior (Camacho-Sandoval, 1991).

Mientras que otros intelectuales se desempeñaron como mediadores, y la labor de Gerardo Murillo, mejor conocido como Dr. Atl -pintor y escritor- da cuenta de ello, él realizó la tarea de mediar entre Venustiano Carranza y los representantes de la Casa del Obrero Mundial (Camacho-Sandoval, 1991). Finalmente, y no por ello menos importante, otra de sus labores fue la de ideólogos, si bien, gran parte de la ideología del momento fue inspirada por los jefes revolucionarios, los intelectuales fueron quienes formularon muchos de los planes; el profesor Otilio Montaña ayudó a Emiliano Zapata a redactar el Plan de Ayala; Cabrera se convirtió en el más importante consejero de Carranza y principal autor de los derechos laborales obreros y agrarios (Cockroft, 1981, p.58 y Camacho-Sandoval, 1991). Además, este vínculo entre los intelectuales y los jefes revolucionarios se forjó en la etapa más destructiva de la Revolución (1910-1920), y muchos de ellos se “enfrentaron a la contradicción de los medios violentos de la guerra y los objetivos revolucionarios, algunos de ellos utópicos. No pocos intelectuales rechazaron las formas de violencia... de los jefes militares. Esto pasó con Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos que desertaron del villismo.” (Camacho-Sandoval, 1991).

Sobre ello, el historiador Katz ha señalado que:

la arbitrariedad de Villa ahuyentó a muchos intelectuales. En el caso del carrancismo, la falta de democracia y la falta de un intento serio de emprender reformas sociales fue el detonante de la desilusión y la deserción. Esto sucedió con intelectuales como Múgica y Alvarado, que, aunque había luchado al lado de Carranza estaban cada vez más desencantados por la falta de reformas prácticas, por eso decidieron adherirse al movimiento rebelde de Álvaro Obregón. (Camacho-Sandoval, 1991)

Estas dinámicas prevalecieron hasta 1920, momento en que se comenzaba la reconstrucción del país, bajo el anhelo de paz y la promesa de implementar algunos de los objetivos asentados en la Constitución de 1917. Sin embargo, la brecha entre intelectuales y caudillos revolucionarios comenzó a hacerse presente. Muchos de esos intelectuales decepcionados de las acciones de estos caudillos fueron justamente figuras de las que Manuel Gómez Morín abrevó su formación educativa, en términos no sólo políticos y filosóficos, sino sociales.

José Vasconcelos y otros intelectuales

Pronto se sintió en el país que algo serio comenzaba.
Y no faltó quien comparara nuestro pulso al de un motor de vibración,
del cual está fluyendo energía...

José Vasconcelos

José Vasconcelos fue una figura importantísima para la formación intelectual y el desarrollo ideológico de la juventud de Manuel Gómez Morín. Este intelectual de principios del siglo XX ha sido descrito como un “hombre de grades afectos y enormes rencores, escritor minucioso y brillante, a menudo cegado por sus pasiones” (Meyer, et. al., 1985, p. 94). Sus novelas autobiográficas *Ulises Criollo* (1935) y *La tormenta* (1936), recuperan detalles y anécdotas de su vida, desde su infancia hasta 1920. En la primera, Vasconcelos nos conduce por su infancia la cual se desarrolló en Piedras Negras y Campeche, dónde su padre fue oficial de aduanas, para luego adentrarse en su época de “estudiante pobretón y enamorado en la preparatoria positivista y de ahí a su despertar de abogado joven frente a la propuesta transformadora del maderismo.” (Meyer, et. al., 1985, p. 94) De lo cual reflexiono lo siguiente:

La convicción de que el porfirismo era una cosa podrida y abominable había arraigado en mi sensibilidad. La evidencia de los atropellos cometidos a ciencia y paciencia del régimen y un sentimiento de dignidad humana ofendida, convertían en pasión lo que primero había sido desagrado y sorpresa... (Vasconcelos, como se citó en Meyer, et. al., 1985, p. 94).

El intelectual oaxaqueño, como ya se ha mencionado en el apartado anterior, se incorporó a la campaña cívica de Madero, en donde se desarrolló como asesor intelectual y director de *El Antirreeleccionista*, y en sus textos aseguró que él había sido el autor del lema del movimiento: “Sufragio efectivo, no reelección”. En las páginas de *Ulises Criollo* también narró el recorrido que hizo con Madero en el territorio nacional, concluyendo con la muerte de Madero, con lo que Vasconcelos presintió el final de la esperanza del país (Meyer, et. al., 1985, p. 94).

Mientras que en su obra *La tormenta* da continuidad al relato de su vida a partir de su exilio obligado

tras la traición a Victorino Huerta; su periodo como representante de Carranza en Nueva York y Europa -dónde negoció la deuda externa-, su rompimiento con el llamado “Primer Jefe” (Carranza) y su colaboración con el gobierno de Eulalio Gutiérrez, lo que lo llevó nuevamente al exilio, resguardándose en Estados Unidos y Sudamérica (Meyer, et. al., 1985, p. 95).

Además de esas memorias, *La tormenta*, resulta en el relato de: una larga desilusión: la del intelectual que no puede transigir con la violencia de un cambio revolucionario, que se rehúsa a admitir a admitir que otros menos preparados puedan tener ideas sociales y políticas, que se niega a aceptar el liderazgo de hombres formados en la batalla... Vasconcelos [condenaba] las ejecuciones arbitrarias de los villistas, la codicia de los jefes militares, la ignorancia de los funcionarios...

Aún intelectuales tan destacados como Alberto J. Pani, Luis Cabrera y Martín Luis Guzmán, que optaron por Carranza o por Villa, [fueron] objeto de sus burlas y desprecio. (Meyer, et. al., 1985, pp. 95-96).



Imagen de líderes militares en la Convención de Aguascalientes, 1914.



Imagen de José Vasconcelos, durante su juventud (Archivo Casasola).

¹ Imagen obtenida del Archivo Casasola.

La tormenta, concluye en 1920, año en que, tras una extensa campaña por toda la república, el 5 de septiembre, se desarrollaron unas pacíficas elecciones en las que el general Álvaro Obregón llegó a la presidencia, con una victoria de 1 131 751 votos, contra 47 441 a favor de Robles Domínguez y 2 356 para otros candidatos (Dulles, 2003, p.84). A uno o dos días posteriores de que fuera electo, el general Obregón declaró en la Cámara de Diputados: “No voy a gobernar en beneficio de un partido, sino en beneficio de toda la nación” (Dulles, 2003, p.85). Obregón estableció alianzas con los campesinos, y abrió la puerta a los intelectuales, y José Vasconcelos fue uno de ellos.



Imagen de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles (a su derecha)

Vasconcelos inicialmente fue nombrado titular del Departamento Universitario y de Bellas Artes y por lo tanto Rector de la Universidad Nacional (junio 1920 – octubre 1921), cabe señalar que este Departamento sustituyó a la Secretaría de Instrucción Pública tras la aprobación de la Constitución de 1917, para después desarrollarse como secretario de Educación Pública (1921 – 1924). Al estar en esos cargos dio cabida a sus amigos de El Ateneo de la Juventud, a aquellos que componían la Generación del 15 y a los que más tarde llamarían los Contemporáneos. Así, Vasconcelos impulsó un renacimiento cultural y llevó a cabo diversas reformas educativas, bajo el entendido de que “la política no es la acción de las masas sino la educación de las mismas.” (Meyer, et. al., 1985, p. 96).

Vasconcelos promovió el nacionalismo cultural, el cual se entretrejía con el nacionalismo económico y

¹ Imagen recuperada del Archivo Casasola.

político. En este marco, Vasconcelos patrocinó la realización de los murales de Diego Rivera, José Clemente Orozco, Roberto Montenegro, entre otros. Un caso que vale la pena destacar es el de Rivera, quién se volcó hacia los mensajes sociales, capturando imágenes de trabajadores, campesinos, soldados, diversos actores del pueblo unidos para hacer la revolución. Así, los artistas visuales y de las palabras, se convirtieron en agentes a favor del cambio, principalmente para los proletarios (Skirius, 1984, p.5). Lo anterior quedó capturado en una declaración de Orozco:

Uno de los primeros esfuerzos para interesar a los intelectuales en los problemas obreros fue la creación de un grupo llamado “Grupo solidario del Movimiento Obrero”, que fue formado por Vicente Lombardo Toledano, entonces director de la Preparatoria, Henríquez Ureña, Toussaint, Caso, Rivera, Lic. Enrique Delhumeau, el que esto escribe y algunas otras personas que no recuerdo... Los únicos que acudieron a nuestro llamado fueron bohemios de esos que lo mismo van a una boda, a un mitin comunista, uno fascista, un convite de circo o lo que sea. Señoritas que declaman versos románticos y anarquistas pueblerinos de lo más inofensivos (Orozco, como se citó en Skirius, 1984, p.5).

Así, si los intelectuales no estaban organizando al proletariado para una acción política efectiva, por lo menos daban a las masas una fuerte dosis de cultura; se hicieron festivales al aire libre, llenos de música y danza, mientras los trabajadores eran atraídos a la participación educativa y cultural con programas vespertinos (Skirius, 1984, pp. 5-6). Y a la par se construyeron miles de escuelas, misiones pedagógicas para las regiones rurales más aisladas nuevos programas técnicos, una entusiasta campaña literaria -se multiplicaron las librerías y se imprimió a los clásicos dándoles amplia distribución-; asimismo, se creó un programa de desayunos gratuitos para los escolares (Skirius, 1984, p. 5 y Secretaría de Educación Pública, 2013). Lo anterior se logró por el cuantioso presupuesto federal que Obregón había asignado para educación y cultura, así como por la libertad con la que Vasconcelos podía dirigirse.

Vasconcelos declaró que la cultura nacional era hispánica e indígena, a partir de esta idea fue moldeando ramificaciones ideológicas de una cultura nacional; así, Vasconcelos y sus colaboradores insertaron nuevas ideas que eran más de escritores y artistas que de políticos, lo que reflejaba el interés en colocar a otros de su misma clase (intelectuales) en el poder (Skirius, 1984, p.6).

¹ Alvarez Bernal, Ma. Elena. Alternativa democrática. EPESSA : México, 1986.Págs. 49-69

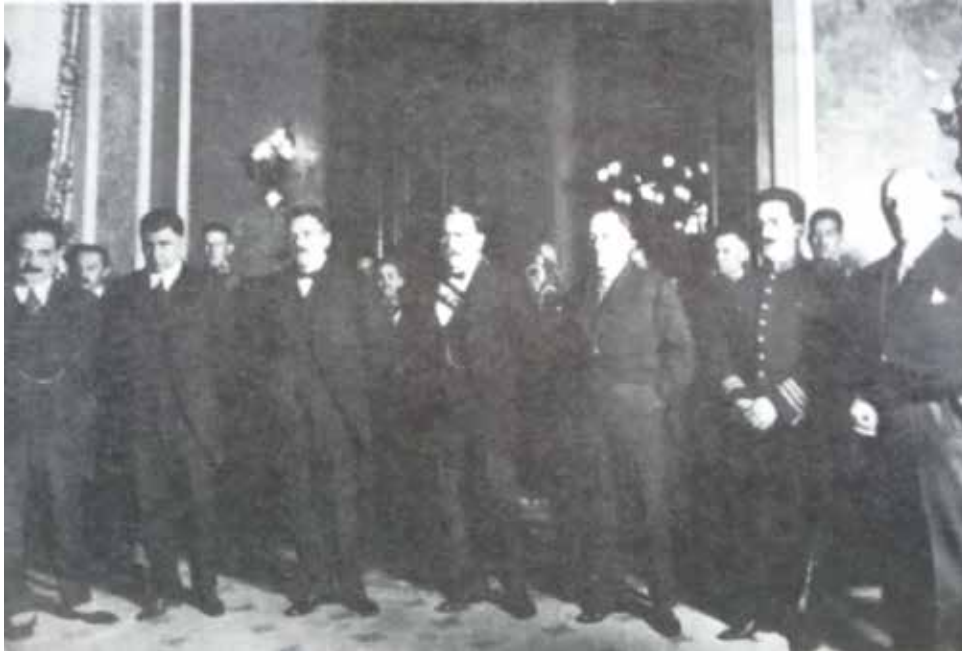


Imagen del Gabinete del presidente Álvaro Obregón, de izquierda a derecha: Antonio I. Villareal, Adolfo de la Huerta, Plutarco Elías Calles, Álvaro Obregón, Alberto J. Pani, Enrique Estada, Rafael Zubaran. Entre Villareal y de la Huerta puede verse la cabeza de Vasconcelos.

En este sentido, la cultura en México se convertía en un medio para hacer llegar a la gente, de distintos sectores, los principios revolucionarios y de la misma manera lo vivían aquellos jóvenes, que estudiaban la educación preparatoria, y que se hicieron llamar “los siete sabios”. Para ellos, que había compartido espacios académicos con los intelectuales de la Revolución, existía una preocupación importante con respecto a la vida académica frente a los disturbios de la vida política mexicana. No quiere decir que los problemas sociales no fuesen importantes para estos jóvenes, por el contrario, en estas almas jóvenes imperaba la necesidad de cultivar el cambio con las letras, con la cultura, con los valores; más no con las armas.

La generación de 1915, como la llamó Manuel Gómez Morín, o generación epirrevolucionaria, bautizada así por Wigberto Jiménez Moreno, también llamada generación agrarista o generación de Lázaro Cárdenas, representó una minoría de no menos de tres centenares de individuos que eran reconocidos por su intelecto, compromiso y juventud, cualidades que contrastaban con la de los “rústicos” revolucionarios.

Asimismo, son identificados porque la mayoría de ellos había nacido “con el cine, la radio, la quimioterapia, el automóvil, el avión y la ley de la relatividad e l belle époque europea y las porfirica mexi-

cana, en un quindenio alegre, entre 1891 y 1905.” (González, 1979)

Sin embargo, sus preocupaciones eran parte del contexto social que abrumaba la vida de México. Aquel escenario se enmarcaba en el contexto agrario, el Partido Agrarista hacía presión directa al Estado para obtener más reformas socialistas agrarias y una mayor redistribución de las tierras entre los campesinos, esto bajo la forma de ejidos. Un problema que, como vimos en el apartado anterior, la Iglesia Católica ya había adoptado como propio en el cauce del “problema social”. Asimismo, el Partido Cooperativista presentó a principios de los años veinte, un “innovador plan de cooperativas agrícolas en el que los propietarios serían únicamente los trabajos y administradores de la empresa, excluyendo la intervención de capital extranjero” (Skirius, 1984, p.7), es decir, se estaba combinando el nacionalismo económico con la preocupación por el pueblo (campesino y obrero). Sobre ello, hay que considerar que ese partido estaba encabezado por intelectuales y periodistas de la Ciudad de México. Y con la llegada del fin del gobierno del general Álvaro Obregón se presentó un nuevo contexto para algunos intelectuales -como Vasconcelos-, que les resultaría poco favorecedor. El primer domingo de julio de 1924, como estaba previsto, se efectuaron las elecciones, y el 27 de septiembre, la Cámara de Diputados declaró que Plutarco Elías Calles sería el próximo presidente (Dulles, 2003, p. 241). En el mismo mes de las elecciones, José Vasconcelos renunció a su cargo de secretario de Educación, y fue presentado como su sucesor el Doctor Bernardo J. Gastélum (Dulles, 2003, pp. 243-244).

La presidencia de Calles se caracterizó por la mano dura, y el pensamiento independiente de los intelectuales se vio limitado, así como los gobiernos estatales que pretendían autonomía. “El hacha cayó sobre ellos de una manera selectiva para asegurar la centralización política y la uniformidad de pensamiento.” (Skirius, 1984, p. 8). Ejemplo de lo anterior fue la masacre en Huitzilac (1927), dónde los opositores a Calles y la reelección de Obregón fueron masacrados, siendo el único sobreviviente el intelectual Francisco J. Santamaría, quien solo encontró la seguridad en el exilio. Otro caso fue el del orador del Partido Agrarista Aurelio Manrique, este fue silenciado cuando condenó a Calles por el asesinato de Obregón en 1928, y también fue exiliado, el mensaje había sido dado “hablar claro y criticar bajo su propio riesgo” (Skirius, 1984, p.8).

Pese al contexto, José Vasconcelos se dedicó a escribir mordaces críticas al sistema político, las cuales encontraron ansiosos lectores entre los jóvenes profesionales y estudiantes, quienes posteriormente formaron el núcleo de la organización que apoyó a Vasconcelos en su campaña presidencial de 1929 (Skirius, 1984, p. 8 y Dulles, 2003, pp. 430-432). En la convección antirreeleccionista, la cual tuvo

lugar en el Frontón Hispanomexicano de la Ciudad de México, Vasconcelos comenzó a figurar en julio de 1929 como posible candidato a la presidencia al igual que el doctor Francisco Vázquez Gómez; finalmente, Vasconcelos fue designado candidato por la aclamación frenética de sus partidarios, al son de La Cucaracha: “Los diputados, los diputados ya no pueden mangonear, pues Vasconcelos, pues Vasconcelos, ya los vino a fastidiar” (Dulles, 2003, pp. 430, p.432). Por otro lado, paralelamente a la campaña presidencial de Vasconcelos se desarrolló un movimiento estudiantil que culminó con la concesión de la autonomía a la Universidad Nacional.



Imagen de el Lic. José Vasconcelos al momento de convertirse en el candidato presidencial del Partido Nacional Antirreeleccionista, julio 1929.

Al ser candidato por los antirreeleccionistas Vasconcelos continuó con su campaña por el país, ello gracias al apoyo financiero de Manuel Gómez Morín, Luis Cabrera, entre otros (Dulles, 2003, p. 432). Pese a que Calles había prometido elecciones libres y pluralidad de partidos, al acercarse el día de las elecciones, los vasconcelistas tuvieron dificultades. Por ejemplo, en San Luis Potosí fueron expulsados; en León, Guanajuato, otros fueron encarcelados; y para el mes de septiembre los actos de represión aumentaron, dejando víctimas en las montañas de Puebla, Oaxaca, Hidalgo y México; lo que llevó a Vasconcelos a dejar de denunciar los hechos, asumiendo que “estaba declarada la guerra a muerte” (Dulles, 2003, p. 434).

En vísperas de la elección (17 de noviembre), Vasconcelos estaba en Mazatlán, donde, dice: “grupos de pistoleros en camiones y trocas del municipio, pasaban y repasaba debajo de nuestros balcones, disparando al aire, gritado vivas a Ortiz Rubio y a Calles” (Dulles, 2003, p. 435). El día de la elección, Vasconcelos se dirigió en tren a Guaymas, Sonora, donde esperó el resultado, así, el 28 de noviembre, el Congreso expidió un decreto declarando que Pascual Ortiz Rubio era presidente electo: Ortiz Rubio

1 948 848 votos, Vasconcelos 110 979 y Rodríguez Triana 23 279 (Dulles, 2003, p. 436). Vasconcelos declaró el Plan de Guaymas, el argumento principal fue que las votaciones fueron injustas, a lo que Manuel Gómez Morín le aconsejó no ir a la rebelión.



Imagen de José Vasconcelos con Manuel Gómez Morín

El proyecto presidencial de Vasconcelos ha sido considerado como una de las plataformas políticas más progresistas de su tiempo en México, constituyó un legado para la nación, el cual se llevaría a cabo años más tarde:

Antimperialismo en términos económicos, culminó con la llamada expropiación petrolera en 1938
Sistema nacional de seguridad social para beneficiar a los trabajadores, el cual se hizo efectivo en 1943
Voto federal para las mujeres, lo que se logró hasta 1953 (Skirius, 1984, p.9).

Ante la derrota de Vasconcelos, toda una generación de intelectuales deseosos de participar en la vida política de México se desilusionó, algunos se incorporaron a las filas de partidos oficiales; otros asumieron que la experiencia de 1929 debía repetirse en circunstancias más favorables (Skirius, 1984, p. 10).

Así, los intelectuales iniciaban otra década, la de 1930, periodo que se desarrolló en la polarización ideológica: socialismo versus capitalismo, educación científica y socialista versus religión y humanidades, indigenismo versus hispanismo; además, el nacionalismo siguió inundando al país, y por lo tanto a los intelectuales (Skirius, 1984, p.10). En este contexto, el problema más agudo fue el de la Iglesia y el Estado; y con el gobierno de Calles se conformó una postura anticlerical, teniendo como uno de sus efectos la lucha por el control de la Universidad, así en 1932 el entonces secretario de Educación Pública, Narciso Bassols, abogó por el incremento de una educación marxista, concentrándose

en las interpretaciones económicas de los acontecimientos (Skirius, 1984, p. 10).

Otra postura fue la de Antonio Caso, quien defendió el idealismo y las humanidades en su debate con Lombardo Toledano, quien proponía al gobierno el materialismo dialéctico marxista (Skirius, 1984, p. 10). Para 1933, Lombardo Toledano propuso orientar la ideología nacional hacia la sustitución del capitalismo por el socialismo, y la Universidad adoptó esa propuesta, por lo que fue el blanco de las críticas de intelectuales como Rodolfo Brito Foucher, Jorge Cuesta, Antonio Caso, entre otros (Skirius, 1984, p. 11).

Finalmente, un grupo de activos católicos tomó la Universidad y Manuel Gómez Morín fue nombrado rector, lo que ocasionó que el gobierno recortara los fondos para la institución. En este periodo, la Universidad fue rebautizada como Autónoma en vez de Nacional, “donde se estudiaban la educación clásica y las profesiones liberales, en una época de radicalismo oficial.

La Nueva Filosofía tan defendida por Gómez Morín era una crítica absoluta a la epistemología positivista, pues la consideraba totalmente obsoleta para encaminar a México hacia la modernidad y la resolución de los problemas sociales que azotaban al país. Consideraba que desde el punto de vista social el positivismo era:

Una de las causas agravantes de lo que se ha dado en llamar la cuestión social, del apego del régimen capitalista haciendo más profundo y desesperante la división de clases, es la moral utilitaria, que como forma práctica ha traído el mercantilismo que, poniendo como fin la riqueza hace del hombre y del trabajo una mercancía con la cual se puede especular de la misma inmoral manera [...]

En el terreno de la Filosofía y en el ... de la acción, el positivismo ha sido derrotado... su pernicioso influjo no desaparece todavía, pero no tardará en desaparecer... la Metafísica que reclama sus derechos inalienables, alcanzará algún influjo sobre la juventud mexicana que aspira a pensar... soy un convencido de la fuerza de las ideas y de la predominante influencia que éstas y los sentimientos obran sobre la evolución y el progreso de la humanidad. (citado en Gómez Mont, 2003)

En palabras de Manuel Gómez Morín Martínez, nieto del fundador de Acción Nacional, lo que su abuelo buscaba y reclamaba era el utilitarismo que se había apoderado de la educación pública, pues durante su trayectoria preparatoria y superior, observó la presión de conducir la intelectualidad al servicio del Estado. En ese sentido, la formación cotidiana y académica de los “siete sabios” conduciría hacia alternativas a un programa de gobierno posrevolucionario que cada vez cerraba con mayor ahínco la posibilidad de la libertad, en todos los sentidos, de la sociedad mexicana. Una de las esas alternativas y la que mayor huella logró registrar es la fundación de Acción Nacional. Para entender el detonante de esta alternativa, corresponde el turno de análisis a la “generación de 1915”, destacando la figura de Gómez Morín, en quien confluye el pensamiento humanista, del catolicismo social, y la

decepción heredada de los intelectuales de la Revolución.



Imagen de Manuel Gómez Morín.



03

LOS IDEALES POLÍTICOS DE LA GENERACIÓN DE 1915

La crítica ha sido tan pobre que todavía no podemos concretar lo que el nombre Revolución implica y quizá la expresión mejor de este tiempo se encuentre en aquel cruel “pachequismo” que, por serlo, hizo fortuna: “La Revolución es la Revolución”, y que muestra bien la amarga verdad de unos años de tempestad en que la vida era difícil y llena de sobresalto y la pasión o el sufrimiento privaban sobre la inteligencia.

(Gómez Morín, 1926)

La generación de los ideales: 1915

Gómez Morín dedicó gran parte de su tiempo a la enseñanza y escritura, como buen intelectual comprometido. En su ensayo intitolado 1915, Don Manuel definía con sus propias palabras el concepto de “generación”:

Una generación es una unidad totémica en la fórmula Spengleriana. A través de ella puede observarse el sentido de la raza; su actitud es símbolo de un interno impulso peculiar a una unidad étnica. Y cuando se da como fundamento de una generación la “contemporaneidad”, se expresa mal e incompletamente un hecho: Quienes forman una generación, como los miembros de una familia, llevan un aire común, indefinible en ocasiones, porque es como un arquetipo que en cada una fuera realizándose parcial, defectuosamente.

Los que forman generación, resultan individualmente ensayos de adaptación al arquetipo, resultados –frustráneos por parciales- del trágico esfuerzo que el arquetipo desarrolla por realizarse plenamente en individuo.

Cada generación viene a ser, también, un nuevo esfuerzo, en la interminable labor dolorosa de un sino, de una “cultura”, del espíritu de una raza, para cumplirse, para realizarse. (Gómez Morín, 1926)

Dentro de esta generación, hubo personas de todos los estratos sociales, con diferentes intereses, pero todos con la común intención de cambiar a México, para encaminarlo hacia un espacio sin injusticias, que observara el dolor social que se padecía.



Imagen “Foto de generación”, Manuel Gómez Morín, 1914.

Algunos de los integrantes de la Generación de los 15 fueron militantes de la “revolución destructiva”, fueron a la bola en su adolescencia; con el general Pancho Villa no militó ninguno de ellos, pero, otros tomaron las armas junto a Zapata. Para 1915, algunos de esos jóvenes ya anteponían a su nombre algún título de jefe militar. (González, 1979)

Es muy importante señalar que, la mayoría de aquella “generación de 1915” obtuvo una formación profesional, la mitad de ellos fueron alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria. Asimismo, doscientos de los trescientos que formarían la pléyade epirrevolucionaria se alistaron en una carrera larga, por ejemplo, algunos de los que llegarían a ser hombres de la industria siguieron cursos en universidades de los Estados Unidos, como los hermanos Garza Sada, quienes se graduaron en el Massachusetts Technological Institute. Algunos otros, en escuelas de leyes de alguna ciudad del interior de la república, la Escuela Nacional de Jurisprudencia o en la Escuela Libre de Derecho; y otros más en la Universidad Nacional, en la Escuela de Agricultura de San Jacinto, en la Escuela de Bellas Artes, el Colegio Militar o Seminarios. Todos ellos obtuvieron un nivel de cultura que rebasaba la media nacional; dos terceras partes del grupo obtuvo un título universitario; más de la mitad de ellos -cosa de unos 100- obtuvo el título de abogado; 35 recibieron la consagración sacerdotal; 18 las licencias de médico; 12 las de ingeniero y de 2 a 6 las de filosofía, economía, pintura, historia, química, arquitectura y contabilidad. Lo anterior resultaba un caso único, ninguno de los grupos dirigentes previos había contado con tal gama de profesionales. (González, 1979)

¹ Imagen recuperada del Archivo Casasola.

Este grupo tuvo la oportunidad de aprender otras lenguas, principalmente el francés, seguido del inglés y algunos aprendieron alemán. Estas posibilidades fueron, sin duda, benéficas para acceder a corrientes de pensamiento de otras naciones, se sabe que consultaron autores como a los ingleses Shaw, Chesterton y Rusell; o los franceses Bergson, Maritain y Gide; así como a los españoles Unamuno, Ortega, Azorín y Machado; los estadounidenses Dewey y James; los alemanes Marx, Spengler, Freud, Scheler y Husserl o al italiano Croce. Muchos de ellos influidos por la nueva corriente de pensamiento que hizo a un lado al positivismo y dio cabida al pensamiento crítico, a las ideas: el historicismo. Aunque, también, estuvieron fuertemente influenciados por el neorrealismo, el materialismo dialéctico, el neotomismo, el pragmatismo, la fenomenología, el historicismo, el raciovitalismo, el superrealismo, así como de media docena de corrientes literarias y artísticas y de algunas novedades en las ramas de la sociología y de economía, principalmente. (González, 1979)

La vida política de algunos integrantes de la generación de 1915 comenzó con la caída de Carranza. Cuando Álvaro Obregón tomó el poder, se dieron los primeros pasos hacia la estabilidad política de México; es en este escenario que los jóvenes epirrevolucionarios comenzaron a tener un mayor protagonismo en la esfera pública; por ejemplo, el brigadier Lázaro Cárdenas (25 años), gobernador de Michoacán.

En la década de 1920, el grupo de los epirrevolucionarios comenzó a mostrar perfiles propios que los distinguían del resto de los grupos del poder, el investigador Luis González refirió que estos eran notables aún a simple vista: eran de tez más clara que sus predecesores; vestían como “la gente bien” de Europa y Estados Unidos: chaqueta, vaselina, chaleco y pantalones planchados; portaban revolver, pero, no expuesto; se cubrían con sombreros chiquitos. Y sobre su carácter, González apuntó que eran principalmente hombres de carácter “sanguíneo: laboriosos, prácticos, extrovertidos, deportivos, observadores, conciliadores, vanidosos y gastrónomos [y en] muy pocos se advertía la índole apasionada de los que hicieron la revolución, generalmente practicaban la solidaridad de hombre a hombre.” (González, 1979)

Los miembros de esta generación, nos dice el autor Luis González: “Se sienten destinados a "hacer algo por México", a "hacer una cosa mejor" que la hecha por los revolucionarios, a construir una sociedad más habitable con los principios de la razón, con apoyo en el conocimiento, "de acuerdo a la técnica". Se aferran a "la decisión de convertirse en hacedores de un México Nuevo", pero no con espíritu tranquilo.” (González, 1979)



Imagen de Manuel Gómez Morín.

Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog, Samuel Ramos, Manuel Gómez Morín, Gilberto Loyo, Jorge Cuesta, Xavier Icaza, Luis Chávez Orozco, Lucio Mendieta y Núñez, hicieron de México una nueva imagen:

Cosío en 1924 publicó *Sociología Mexicana*: “rechaza la idea de que México es país de extraordinaria riqueza natural, y la sustituye con la opinión de que somos pobres no sólo económica sino naturalmente”.

Gómez Morín en 1927 presentó su ensayo 1915 que es una autognosis de su propio grupo con algunas referencias a México en general.

Ramos en 1932 “con el aprovechamiento metódico de las teorías psicológicas de Adler, traza *El perfil del hombre y la cultura en México*, descubre un mexicano fantasioso, susceptible, apasionado, y con fuertes sentimientos de inferioridad. (González, 1979)

En general, las opciones para salvar a México, que ofrecían entonces los intelectuales, soldados, políticos y aun hombres de negocios y gente de sotana fueron de inspiración socialista. Las de la élite sacerdotal y de algunos pensadores muy adictos a ella, como Alfonso Junro, provenían de la *Reum Novarum* de León XIII, del catolicismo social (ver apartado 1) y de diversas obras de Maritain. Las del sector intelectual laico, con no pocas excepciones, eran deudoras cercanas del marxista y no era para menos, pues la revolución rusa cautivó a casi todos los jóvenes intelectuales. En 1919, Gómez Morín le confesó a un amigo, por medio de correspondencia, que la "organización, tendencias y procedimientos", de la "República Federal Socialista de los Soviets" le "había cautivado".” Esto mientras participó

¹ Imagen recuperada del Acervo fotográfico del CEDISPAN.

como consejero jurídico de la Embajada de la Unión Soviética (URSS) en México. (González, 1979) Esta nueva imagen de México estuvo sostenida en las artes: “Los intelectuales de la hornada de 1915, que ya venían distinguiéndose como artífices de instituciones cultas desde tiempo atrás, intensifican su obra. Carlos Chávez funda en 1928 la Orquesta Sinfónica de México que no sólo da a conocer la música contemporánea en la capital y no únicamente a las clases altas.

Daniel Cosío Villegas [reconocido en aquellos años como el principal animador de los estudios de economía], crea el Fondo de Cultura Económica en 1934 con el fin de hacerla la editorial central de México y cofunda otras instituciones tan importantes como una Escuela Nacional de Economía de nivel universitario y un Trimestre Económico. De igual manera, la generación de 1915 también tuvo presencia en los medios masivos de comunicación, destacando en la radio, la música, el cine -despegando el cine sonoro mexicano-, la novela y la pintura mural. (González, 1979)

Manuel Gómez Morín, un hombre de su época.

La vida de este hombre ilustre ha sido motivo de una gran cantidad de cuartillas, no es el espacio para abonar a ese arduo trabajo realizado por distintos escritores. Lo que se busca destacar en este subapartado es colocar a Don Manuel en esa llamada “generación de 1915”. Aparte de pertenecer a una generación destacada, también, dentro de estos “cachorros de la Revolución” como los categorizó el historiador Luis González, hubo agrupaciones de jóvenes muy inquietos, no solo en lo político, filosófico y social, sino, incluso, en los temas comunes que motivan a cualquier joven adolescente. El mote con el que se les conoció fue el de “Los Siete Sabios” (Ver apartado anterior en donde se señala quienes comprendían esta agrupación).

“Los Siete Sabios” no solamente estaban interesados en temas políticos, movimientos estudiantiles y preocupaciones sociales, también les interesaban cuestiones de los más terrenales como cualquier joven. No en vano, Manuel Gómez Morín señalaba lo poco halagador que resultaba llevar a costas este mote: “el apodo no era halagador para nosotros, se aplicaba con un sentido peyorativo, señalarnos como poco jóvenes, como demasiado estudiosos, como demasiado envejecidos antes de tiempo” (Adame, 2017)

El interés de forjar un México basado en la cultura y no en las armas los motivó a que desde muy jóvenes se organizaran para formar una agrupación que diera cabida a actividades culturales para toda la población capitalina:

Prieto Laurens afirma [con respecto a Los Siete Sabios] que no todos compartían sus convicciones políticas, pero tenían la firme intención de promover actividades culturales e intelectuales con el fin de aproximarlas a diversos sectores estudiantiles y de la población en general. En función de sus intereses, el 5 de septiembre de 1916, los Sabios firmaron el acta constitutiva de la Sociedad de Conferencias y Conciertos. (Adame, 2017)

Los principios fundacionales de esta sociedad fueron:

I. Fundar una sociedad con el fin de propagar la cultura entre los estudiantes de la Universidad Nacional de México.

II. La sociedad se llamará “Sociedad de Conferencias y Conciertos”.

III. Constituirse en socios fundadores reservándose el derecho de invitar a las personas que den conferencias.

Y para constancia firmaron la presente los que en el acto intervinieron. (Adame, 2017)

Esta sería la primer Acta constitutiva que firmaría Manuel Gómez Morín, esta experiencia le permitió acceder a un espacio de negociación, con el objetivo de buscar un bien social.



Imagen del logotipo de la Sociedad de Conferencias y Conciertos

En la primera charla formal, y al parecer la única, que se dictó por parte de Conferencias y Conciertos, participaron:

Con la excepción de Vásquez del Mercado, cada uno habló sobre un tema distinto. Caso desarrolló su opinión sobre “El concepto de justicia”; Castro Leal abordó la pregunta: “¿Qué es el socialismo?”; Gómez Morin ahondó en “Las instituciones democráticas modernas”; Lombardo describió las “Posibilidades del socialismo en México”, y Moreno Baca habló sobre el tema general “Asociaciones obreras”, el cual dividió en dos exposiciones, la primera se celebró el 23 de septiembre y versó sobre “Sindicatos obreros”, y la segunda, el 30 del mismo mes, llevó por título “Corporaciones”. Las disertaciones se celebraron a las siete de la noche en el Salón de Actos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología.

Afirma Lombardo que en esos actos se ofrecieron, por vez primera, ‘las nueve sinfonías de Beethoven, ejecutadas por la Orquesta Sinfónica que dirigía don Julián Carrillo, a quien nosotros le propusimos que realizara este acto de cultural’. Sin embargo, según Carrillo, estos conciertos sucederían después. En paralelo, sus actos y lecturas se trasladaron a la Universidad Popular Mexicana. Este recinto ofrecía clases dictadas por reconocidos profesores con el propósito de acercar la cultura a los trabajadores, siendo el objetivo principal la reunión de intelectuales para la ilustración del pueblo. La Universidad Popular Mexicana tuvo un periodo crítico en cuanto a la idea de llevar el conocimiento y fomentar la

¹ Imagen recuperada de Adame, 2017.

cultura en las masas, ya que en ese tiempo la guerra trajo la hambruna y con ello muchas enfermedades, mostrando así las verdaderas necesidades colectivas. La gente no necesitaba de la cultura para su sobrevivencia, sino alimentos y buena salud. A pesar de ello, la Popular no suspendió sus actividades y dictó, sobre todo, conferencias enfocadas en temas de cuidado personal.

Es necesario puntualizar que esta generación mantenía la convicción de que el progreso para un futuro venidero era posible. (Adame, 2017)

Sin lugar a duda, el germen de los principios de doctrina que hoy caracterizan a Acción Nacional: Dignidad de la persona humana, subsidiariedad, bien común y la solidaridad. Es en estos momentos, que Gómez Morín ya comienza a ver la necesidad de sanar el dolor humano que se surgió por violencia ejercida por la milicia, es aquí que las expresiones culturales se dibujan como una solución para ese dolor humano y conjunta a diferentes pensamientos en un solo bienestar.

En ese sentido, cuando años más tarde, dentro de su madurez intelectual y física, Gómez Morín escribía en su obra 1915, la importancia de gobernar con técnica para evitar el dolor evitable:

El dolor de los hombres es la única cosa objetiva, clara, evidente, constante. Y no el dolor que viene de Dios, no el dolor que viene de una fuente inevitable, sino el dolor que unos hombres causamos a otros hombres, el dolor que originan nuestra voluntad o nuestra ineficacia para hacer una nueva y mejor organización de las cosas humanas. Todo lo demás es discutible e incierto. (Gómez Morín, 1926)

Por supuesto, que todos aquellos avatares que observó durante su educación preparatoria, el sufrimiento al que “se suponía” pondría fin la Revolución no se estaba cumpliendo. Gómez Morín, al igual que muchos de sus compañeros intelectuales fueron partícipes de las “promesas falsas” del movimiento armado, veían con preocupación y angustia que el proyecto revolucionario y, luego, el posrevolucionario, segmentaban a la sociedad.

La técnica que proponía Manuel Gómez Morín se basaba en:

Íntima unión de realidad, propósito y procedimiento, de manera que en un solo acto espiritual el propósito elegido ilustre el conocimiento de la realidad, el conocimiento determine la elección del propósito y conocimiento e ideal entreguen los medios que deben utilizarse, determinen e impongan la acción, esto es lo que podemos entender usando la palabra “técnica”. (Gómez Morín, 1926)

Esta noción de técnica mostraba la importancia que, desde su juventud, el cofundador del PAN observó en la cultura y las artes, si bien, no resolvían con inmediatez el dolor del hambre, sí permitían una salida al problema, con el despertar social hacia la acción.

CONCLUSIONES

De aquel joven que participara de la educación católica desde la perspectiva social al frente de sus profesores jesuitas, con el ahínco del catolicismo social belga; que compartiera espacios académicos y políticos con Vasconcelos y otros intelectuales llamados “revolucionarios”, que formara con sus compañeros de pupitre la Sociedad de Conferencias y Conciertos, que fuese rector de la Universidad Autónoma Nacional; hasta el cofundador del primer partido de oposición del momento, hubo una larga trayectoria.

Toda esa trayectoria le permitió conocer el dolor humano, considerarlo como el único termómetro de medición de las políticas públicas. Es por ello, que Manuel Gómez Morín creía en el Bien Común, él no era ajeno de las diferencias sociales, y como no conocerlas, si, aunque hubiese sido considerado “élite” por haber contado con educación preparatoria y aun más superior, estudios en el extranjero, conocimiento de lenguas extranjeras, también, vio con sus propios ojos el hambre que heredaban los movimientos revolucionarios, las muertes a quienes amenazaban el nuevo régimen, y la amenaza para todos aquellos principios que no estuviesen dentro del marco revolucionario.

En ese sentido, Gómez Morín y Efraín González Luna unieron esfuerzos para ofrecer una alternativa ante la que parecía la única opción para el México de los albores del siglo XX: el Partido Acción Nacional.



Imagen Consejo Nacional del PAN, 1939.

¹ Imagen recuperada del Archivo fotográfico del CEDISPAN.

REFERENCIAS

Adame, Ángel Gilberto. (2017) El séptimo sabio. Vida y derrota de Jesús Moreno Baca México, Ciudad de México: Secretaría de Cultura, INEHRM.

Bolívar-Meza, R. (2002). Un acercamiento a la definición de intelectual. Estudios Políticos (30), 123-141. doi: <http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.24484903e.2002.30.37544>

Camacho-Sandoval, S. (1 de julio 1991). Los intelectuales de la Revolución Mexicana. Entrevista a Friederich Katz. Nexos. Recuperado de: <https://www.nexos.com.mx/?p=6236>

Ceballos, R.M. (1991). El catolicismo social: un tercero en discordia, Rerum Novarum, la “cuestión social” y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911). Ciudad de México: México, El Colegio de México.

Cockroft, J. (1981). Precursores intelectuales de la revolución mexicana. México: Siglo XX.

Díaz, P. G. (2003). El catolicismo social en la arquidiócesis de Morelia, Michoacán (1897-1913). Tzintzun. Revista de estudios históricos, julio-diciembre(38), 97-134.

Dulles, J. (2003). Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936). México: Fondo de Cultura Económica.

Gómez Mont, M.T. (2003). Manuel Gómez Morín, 1915-1939 (Tesis doctoral). Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Gómez Morín, Manuel. (1926) 1915. Manuel Gómez Morín. Fundación Rafael Preciado Hernández, edición 2013.

Gómez, P.H. (2010). El humanismo político de Efraín González Luna. Estudios políticos, mayo-agosto(20), 167-162.

González, Luis. (1979) “Los 300 cachorros de la revolución”, en Historia de la Revolución León XIII. Vaticano II. Rerum Novarum. May 15 de 1891. Obtenido de: http://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum.html

Mexicana, 1934-1940, México, Colegio de México. Recuperado de: <https://www.jstor.org/stable/pdf/j.ctv233ngk.8.pdf>

Meyer, E., Puga, C. y Sánchez, A. (1985). Los intelectuales de la Revolución. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, 31(122), 81-97. Recuperado de: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rmcpys/article/view/72063/63552>

Rodríguez-Ledesma, X. (1994). El poder como espejo de los intelectuales. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, 39(158), 67-91. doi: <http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1994.158.49846>

Ruano, R.L. (2011). El catolicismo social mexicano en los albores del siglo XX: identidad como ventana de reflexión histórica. Intersticios sociales, septiembre-febrero(2), 1-35.

Secretaría de Educación Pública. (2013). Semblanza José Vasconcelos. Recuperada de: https://www.sep.gob.mx/es/sep1/Semblanza_Jose_Vasconcelos

Skirius, J. (1984). Los intelectuales en México desde la Revolución. Recuperado de: <https://cdigital.uv.mx/handle/123456789/7013>

Vargas-Lozano, G. (2010). El Ateneo de la Juventud y la Revolución mexicana. Literatura Mexicana XXI (2), 27-38. Recuperado de: <https://revistas-filologicas.unam.mx/literatura-mexicana/index.php/lm/article/view/649/648>

Compilador / **Mónica Acosta**

EL GERMEN DE ACCION NACIONAL 1915
UNA GENERACION DE ACCION

Areli Peza

Diseño y formación

José Manuel Magallanes Alva

Cuidado editorial

EL GERMEN DE ACCION NACIONAL 1915 UNA GENERACION DE ACCION

Compilador / **Mónica Acosta**

